

C. ARROCHA CRAELL

# EL LIBERTADOR EN GUAYAQUIL

Entrevista con el General San Martín

Conferencia leída en el Instituto Nacional



W  
PE  
0834

IMPRESORES GRAFICOS "LA UNION"

© RMA



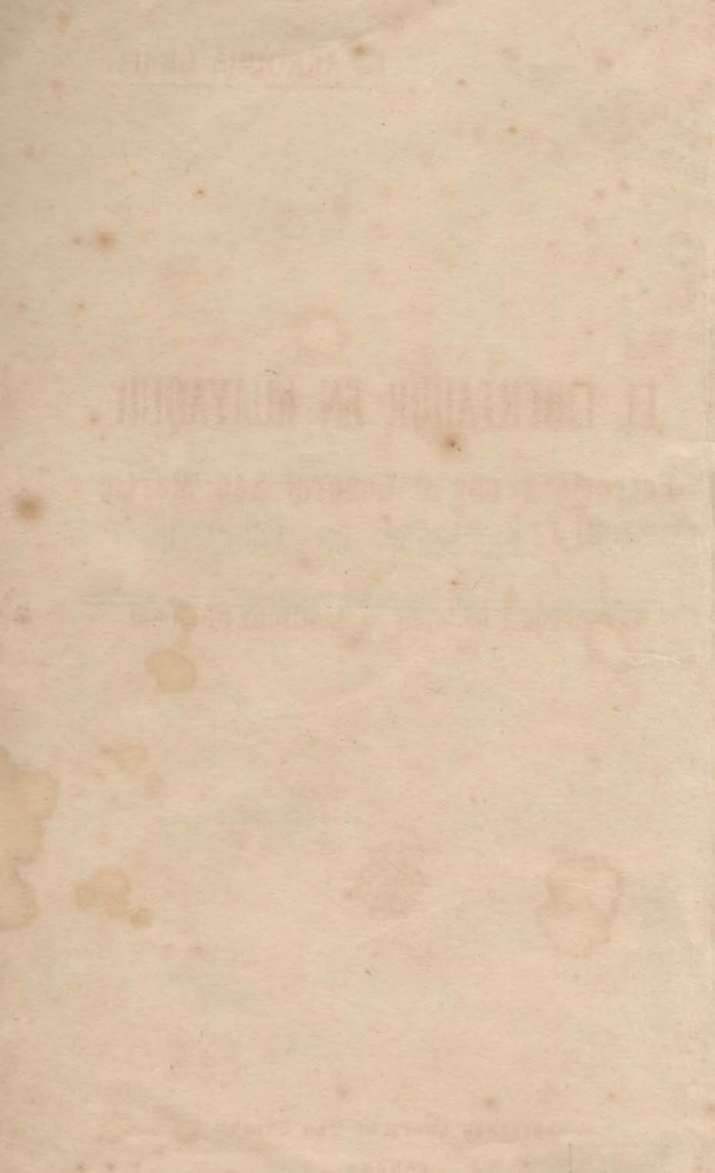
---

---

El Libertador en Guayaquil

---

---



G. ARROCHA GRAELL

# EL LIBERTADOR EN GUAYAQUIL

Entrevista con el General San Martín

Conferencia leída en el Instituto Nacional



TALLERES GRAFICOS "LA UNION"

PANAMA

PE 0834

1911

1911

1911

1911

1911

1911

1911

## El Congreso Bolivariano

*La celebración de un Congreso Panamericano en nuestro país, para conmemorar el primer Centenario de la augusta asamblea que el genio de Bolívar hizo posible en nuestra Capital en 1826, la imponían a nuestro Gobierno como un deber indeclinable y honroso, más que la deuda enorme de gratitud que contrajimos con el Libertador, los imperativos mandatos de nuestra civilización, las exigencias de los altos intereses intelectuales, morales y económicos de América que deben marchar hacia la realización de sus gloriosos destinos inspirados siempre en los nobles y generosos ideales del Libertador.*

*Tal Congreso, hoy que el mundo busca en las virtualidades de esa concepción ideal una nueva orientación del derecho y constitución de los pueblos, será, más que una nueva exaltación del héroe epónimo de la Independencia Americana, la consagración definitiva de su videncia perfecta del futuro, que le hará en el decurso de los siglos aparecer como gestor de nuevas civilizaciones.*

*Su ideal, aquel que le hacía ver con los ojos del espíritu a todos los pueblos de la tierra, dándose cita en nuestro Istmo, cual lo hacían los helenos en el de Corinto, para "tratar y discutir sobre los altos intereses de la Paz y de la Guerra," y constituir aquí un congreso que serviría "de*

consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, y de fiel intérprete en los tratados públicos, caso de ocurrir alguna duda, y de conciliador en las diferencias que surgieran," si bien en nuestros días intenta realizarlo la Liga de Naciones para Europa, no es utópico pensar que él tendrá verificativo en nuestra tierra, cual lo concebía su autor, en época no lejana, cuando su ideario, que hoy plasma la civilización de América, dé a estos pueblos cabal concepto de sus intereses, de su integridad y del puesto que les concierne en los destinos de la cultura humana.

Panamá, recibiendo en su seno a los representantes de los países hermanos de este hemisferio y a los demás invitados observadores, aunque sólo sea para conmemorar el Congreso de 1826, como un hecho histórico inicial de una época, reanuda, tras el paréntesis de un siglo derrochado por el olvido del ideal bolivariano, el pensamiento del héroe y si por circunstancias contingentes del momento, no vienen esos pueblos a firmar ya los pactos de unión que reclama la conciencia universal de la Post-Guerra, el contacto de sus hombres representativos, la discusión siquiera académica de los altos intereses de América, han de ser elementos fecundos para dar realidad tangible a la noble y generosa concepción del Libertador.

Si sólo para poner de relieve esta necesidad urgente de una Corte Internacional Americana



que juzgue y oriente los problemas de este Continente, ha de servir el actual Congreso Bolivariano, bien recompensados estarán los sacrificios hechos por nuestro Gobierno y más que satisfechos de su tarea habrán de sentirse los organizadores que, venciendo los obstáculos externos e internos que se oponían, y animados tan sólo de prestigiar nuestro país bajo el espíritu protector de Bolívar, han logrado realizarlo.

Es pues la hora en que todo panameño debe darse cuenta cabal del interesante momento histórico de su país, para que contribuya con las luces de su inteligencia, con los aportes de su voluntad y los dictados de su patriotismo, a presentar nuestros problemas nacionales e internacionales con el decoro y dignidad inherentes, ante el criterio recto e imparcial de nuestros huéspedes, para que nos juzguen en justicia e influyan en la mentalidad colectiva de sus pueblos a fin de que vean en el nuestro al hermano sacrificado en aras de un principio de civilización no comprendida aún, pero que jamás ha bastardeado del espíritu de sus antepasados, ni cede en honra y dignidad su puesto a los hermanos mayores que le aventajan en sus recursos económicos y se favorecen con sus sacrificios.

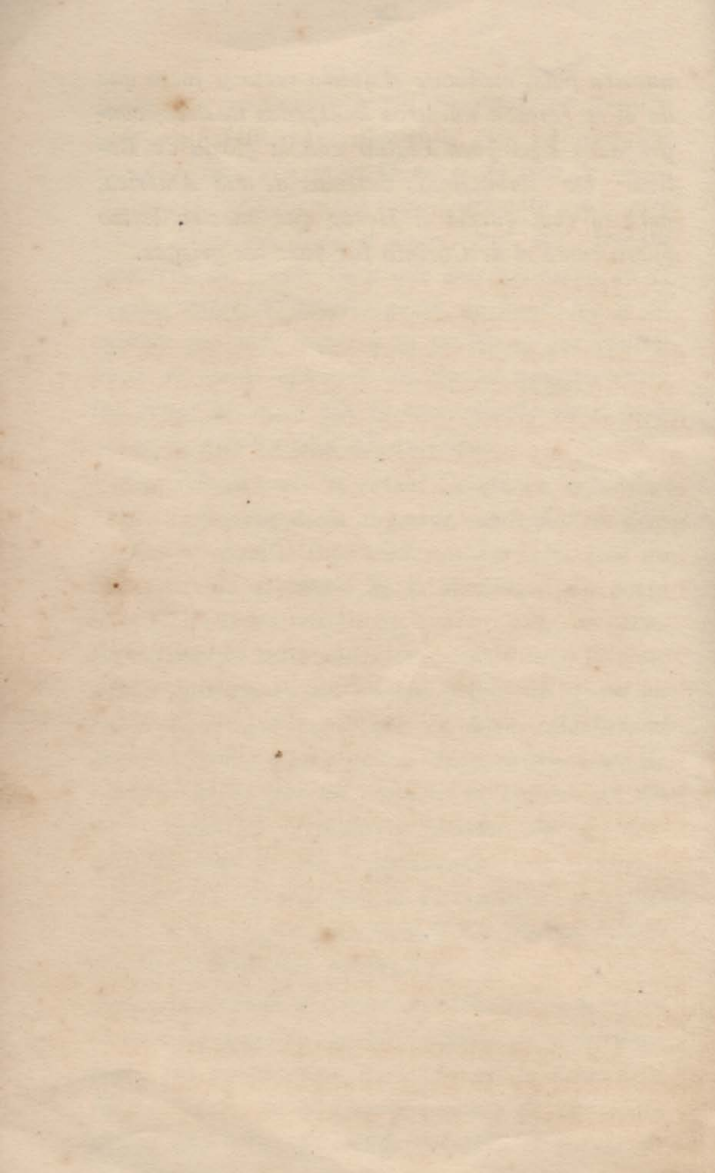
Panamá puede serena y tranquilamente aguardar el fallo de quienes computsen su situación, sus problemas y los esfuerzos como procura resolverlos, segura de que la asistirá la justicia. Tal ha ocurrido siempre con quienes han pene-

trado, sin perjuicios y sin pasiones, en nuestra vida ciudadana para auscultar sus palpitaciones sociales, su sentir y su fé en el destino de nuestro pueblo. El ejemplo más edificante de este aserto lo es sin duda el dado por los sesenta maestros de Costa Rica que nos visitaron en el verano anterior, amplio gesto de honradez y de cultura que hace honor a su pueblo, y que contribuye de modo eficiente en dar al nuestro entre los suyos el lugar que le corresponde en el progreso de esta sección de América.

Las delegaciones al actual Congreso, representantes como son de la superior capacidad de esas naciones, estarán interesadas acaso más que en los temas de discusión de la Asamblea, en darse la mayor cuenta posible de nuestro país, en todas las diferentes actividades que constituyen la fisonomía cultural de un pueblo y que justifican su razón de ser independiente, es decir, colectividad humana atenta a latir de las ideas, instrumento de civilización, la que no consiste en aplicar sin reparos todas las fórmulas modernas, sino en desarrollar vida propia, examinando con criterio elevado los factores que la determinan y ajustando a la propia colectividad los que la impulsen en su evolución progresiva.

A esta elevada y serena observación de los problemas de nuestro pueblo, hemos de contribuir todos los panameños, haciendo así la tarea más fácil y grata, en el convencimiento de que realizamos una labor trascendental para el futuro de

*nuestro país, mediante el juicio recto y justo que de él se formen nuestros huéspedes ilustres, congregados aquí para exaltar con la gloria de Bolívar los nobilísimos destinos de esa América, para la cual quería el Héroe que nuestro Istmo fuera como el de Corinto fue para los griegos.*



# El Libertador en Guayaquil

## Entrevista con el General San Martín

Hasta hace pocos años, la historia de nuestra gran Revolución libertadora ofrecía al lector atento, entre los mil hechos hazañosos que sólo necesitan de la pátina del tiempo para que se les reputen legendarios, uno cuya trascendental importancia no escapó a sus contemporáneos, pero que, no pudiendo explicárselo inmediatamente por la forma reservada en que tuvo lugar, lo hicieron llegar hasta nosotros envuelto en ese velo de misterio con que se complace cubrir la imaginación todo lo que la razón no esclarece debidamente. Me refiero a la entrevista de Guayaquil, tema desde entonces obligado de los historiógrafos americanos, por la grandeza efectiva de sus protagonistas, árbitros de un nuevo mundo social y político, por el influjo inmenso que ella tuvo en los destinos de América y acaso si más que por todo esto, por la sugestión inexplicable que ejerce lo desconocido sobre la naturaleza humana.

Un siglo ha transcurrido desde que San Martín y Bolívar realizaron aquel acto tan deseado por ambos, y del cual se

adelantó a decir el argentino, con videncia perfecta del futuro: “nos veremos y presiento que la América no olvidará el día en que nos abracemos”. Efectivamente, si la América no ha olvidado el abrazo de Santa Ana, menos podría olvidar aquél en que se juntaron los dos más grandes campeones de su libertad. Hoy, tras de una paciente labor de búsqueda han podido recopilarse todos los documentos relacionados con aquel hecho y la historia, apesar de que en ella aún se agita el sedimento de las pasiones, puede decir la última palabra de lo que ocurrió en tan interesantes conversaciones.

Compulsar esos datos, estudiarlos lo más serena e imparcialmente posible y ofrecerlos sintéticamente a vuestra reflexión, tal es el objeto de esta lectura.

### Hechos preliminares de la entrevista

El año de 1821 fue fecundo en resultados gloriosos para la independencia de América. El 24 de Junio, el sol de la victoria ponía su sello definitivo a la Gran Colombia, en los llanos humeantes aún de Carabobo. La Gran República que creara el genio de Bolívar en el Congreso de Angostura de 1818, tenía vida real por el filo de sus lanzas victoriosas.

Sin embargo, Bolívar sabía que la independencia de la América sería incom-

pleta mientras ondeara sobre el Palacio de los Pizarros el pendón rojo y gualda de las armas españolas. Por eso, ahora que puede volar con el auxilio de las suyas en ayuda de sus hermanos de lucha y sacrificio, lo hace sin pérdida de tiempo.

Para libertar las provincias de Quito que completaban por el Sur los dominios de Colombia, y le abrían las puertas del imperio de los Incas, ya había despachado al futuro gran Mariscal de Ayacucho; y ahora ordena al Coronel Bartolomé Salom preparar la expedición libertadora del Istmo, a fin de que más tarde, las fuerzas de Sucre y las que por esta parte pudieran ir a reforzarlas, obrando de consuno, le dieran las regiones del Guayas. Tal importancia concedía Bolívar en sus planes militares a las provincias de Ecuador, que, en las instrucciones dadas a sus delegados don Rafael Revenga y don Tiburcio Echeverría, ante la Corte de Madrid, les decía: "siendo de tanta importancia para la España el Istmo de Panamá, por las ventajas militares que ofrece para la defensa de Méjico y por las de comercio que no reúne ningún otro país del mundo, es muy probable que lo exija España. Los señores Revenga y Echeverría lo defenderán con calor; pero podrán cederle sólo o con las provincias de Panamá y Veraguas en compensación del Departam-

mento de Quito si se incorpora a Colombia". (1)

Consecuente con las grandes líneas generales de su política, mientras Sucre avanza hacia el Sur, inicia su correspondencia con San Martín a quien se propone ayudar en la liberación del Perú o sustituirlo en el caso posible de un revés de éste. El 23 de Agosto le decía así: "mi primer pensamiento en el campo de Carabobo, cuando vi mi patria libre, fue, V. E., el Perú y su ejército libertador. Al contemplar que ya ningún obstáculo se oponía a que yo volase a extender mis brazos al Libertador de la América del Sur, el gozo colmó mis sentimientos, V. E. debe creerme; después del bien de Colombia nada me ocupa tanto como el éxito de las armas de V. E., tan dignas de llevar sus estandartes gloriosos donde quiera que haya esclavos que se abriguen a su sombra. Quiera el cielo que los servicios del ejército colombiano no sean necesarios a los pueblos del Perú, pero él marcha penetrado de la confianza de que unido con San Martín, todos los tiranos de la América no se atreverían ni aun a mirarlo".

---

(1) Cuando Bolívar daba estas instrucciones a los ministros colombianos, el Istmo aún estaba bajo el dominio español y sólo pertenecía a Colombia por la teórica declaración del Congreso de Angostura, según la cual todos los territorios que integraban el Virreinato de Nueva Granada entrarían a formar parte de la Gran Colombia.



Y a don Bernardo O'Higgins director de Chile, decía también en la misma fecha: "desde el momento en que la Providencia concedió la victoria a nuestras armas en los campos de Carabobo, mis primeras miradas se dirigieron al Sur, el ejército de Chile. Lleno de los más ardientes deseos de participar de las glorias del ejército libertador del Perú, el de Colombia marcha a quebrantar cuantas cadenas encuentre en los pueblos esclavos que gimen en la América Meridional.

En marcha para tan santa misión, dirijo a mi Edecán, el Coronel Ibarra, cerca de Su Excelencia el General San Martín para que se sirva tener la bondad de facilitar los medios de reunir los ejércitos de Colombia con los de Chile. Donde quiera que estos hermanos de armas reciban los primeros ósculos, allí nacerá una fuente de libertad para todos los ángulos de América".

Más tarde, habiendo recibido el Libertador el 7 de Septiembre, una carta del Coronel Tomás Heres, en que le comunicaba el armisticio de Punchaúca y las proposiciones presentadas por los comisionados de San Martín al Virrey La Serna para el establecimiento de una monarquía constitucional española en el Perú, ordenó a su secretario Briceño Méndez comunicar esta noticia al Coronel Ibarra y darle

las instrucciones siguientes: 1º—“Que debe V. S., proceder con la mayor circunspección hasta informarse de la verdad de estas noticias, y procurar saber lo que haya de cierto relativamente a ellas para que las participe a su Excelencia con todos los detalles y extensión posibles, de modo que pueda formarse un juicio exacto de este negocio, sus antecedentes, estado presente y resultados probables; 2º—que si resultare verdadero el tratado en los términos que se dice concluído, procure V. S., sondear y penetrar el ánimo de S. E. el general San Martín y aun persuadirlo de q' desista del proyecto de erigir un trono en el Perú; por el escándalo que causaría éste en todas las repúblicas establecidas en nuestro continente; por las nuevas divisiones que produciría en su ejército y en el país, la proclamación de los principios monárquicos después de haberse todos pronunciado por los republicanos; por el aliento que éso inspiraría a los españoles para continuar la guerra en todos los estados insurrectos, contando siempre con el apoyo del Perú y con las divisiones intestinas, o pretendiendo que sigamos el mismo ejemplo; y últimamente, por el peligro que hay de que halle aquí la Europa un pretexto para mezclarse en nuestras disensiones con la España, y trate de decidirla a imponernos la ley de la arbitra-

riedad del trono y su absoluto poder sobre el pueblo. Si después de haber V. S. expuesto todas estas razones con las explicaciones que su prudencia y conocimiento le sugieran, no alcanzare V. S. a disuadir del plan al General San Martín, protestará V. S. de un modo positivo y terminante que Colombia no asiente a él, porque es contra nuestras instituciones, contra el objeto de nuestra contienda, contra los vehementes deseos y votos de los pueblos por su libertad”.

Es posible que el Coronel Ibarra no hicieran uso de estas instrucciones porque a su paso por Guayaquil, Sucre, que estaba más enterado de la situación de San Martín, lo detuvo algún tiempo; pero si es del dominio histórico que Bolívar deseoso de hacer conocer al Gobierno de Lima, de modo categórico, sus ideas respecto de tales negociaciones, al tener conocimiento en Bogotá de que el Virrey O'Donojú e Iturbide habían celebrado el tratado de Córdoba para el establecimiento del Imperio mejicano, se valió de este pretexto y cuidando finamente de no mencionar las conferencias de Punchaúca, con las cuales tenía completa similitud, decía a San Martín: “la libertad de las provincias del Sur de Colombia, y la absoluta exclusión de los enemigos que aun quedan en la América Meridional, es en el día tanto más

importante cuanto que los acontecimientos de Méjico van a dar un nuevo aspecto a la revolución de América. Según las últimas noticias que tenemos, el General Iturbide y el nuevo Virrey General O'Donjú han concluído un tratado el 24 de Septiembre (de Agosto) de este año que entre otros artículos comprende: que Fernando VII deberá trasladarse a Méjico, en donde tomará el título de Emperador con independencia de España y de toda otra potencia; que la ciudad de Méjico será evacuada por las tropas reales y ocupada por el General Iturbide con las imperiales, habiendo entre tanto un armisticio. De antemano había preparado el General Iturbide este acontecimiento con el plan que publicó, y del que incluyo a usted un ejemplar.

Este nuevo orden de cosas me hace creer con fundamento que si el gabinete español acepta el tratado hecho en Méjico, entre los generales Iturbide y O'Donjú, y se traslada allí Fernando VII u otro príncipe europeo, se tendrán iguales pretensiones sobre todos los demás gobiernos libres de América, deseando terminar sus diferencias con ellos bajo los mismos principios que en Méjico.

Trasladados al nuevo mundo estos príncipes europeos y sostenidos por los reyes del antiguo, podrán causar alteracio-

nes muy sensibles en los intereses y en el sistema adoptado por los gobiernos de América. Así es que yo creo que ahora más que nunca, es indispensable terminar la expulsión de los españoles de todo el continente, estrecharnos y garantírnos mutuamente para arrostrar los nuevos enemigos y los nuevos medios que pueden emplear. El Gobierno de Colombia destinará un enviado cerca de usted para tratar sobre tan importante negocio”.

Fue acreditado efectivamente como primer ministro de Colombia ante la Cancillería de Lima el distinguido hombre público don Joaquín Mosquera, a quien debía caber más tarde la honra de firmar el primer tratado entre estas dos naciones, relativo a la situación de Guayaquil, que echó, a decir de ilustre tratadista de derecho, las bases del arbitraje internacional en América.

Mientras como vemos, Bolívar hacía labor diplomática y aguardaba con impaciencia la ocasión de poder marchar también hacia el Sur, el General Sucre lo preparaba todo para la campaña que daría por resultados la libertad de Quito y la anexión de la provincia de Guayaquil, que en 1820 se había declarado independiente, bajo la doble protección de San Martín y Bolívar.

Atendiendo a esta actitud de la Jun-

ta de Gobierno de Guayaquil, el Libertador se adelantó a prestar ayuda a la Revolución y con tal objeto envió al Coronel José Mires, con armas y otros auxilios que servían para organizar la defensa del Estado.

Sucre recibió asimismo instrucciones para negociar con los gobiernos de Guayaquil, Cuenca y demás que se hubiesen establecido en el departamento de Quito, su incorporación a la Gran Colombia en absoluta igualdad con las demás secciones del país, conforme a la Constitución de Angostura.

De acuerdo con estas instrucciones, Sucre debería convencer a tales gobiernos de que por lo pequeño de sus estados y la situación en que se hallaba la América, no lograrían aisladamente el reconocimiento de su independencia por las grandes potencias de Europa. También procuraría obtener el mando militar de aquellos estados y si no lo conseguía, ofrecería sus servicios como auxiliar de ellos, y sólo en el caso improbable de que nada de esto obtuviera, debería regresar a Cundinamarca.

### La Situación en Guayaquil

En Guayaquil, al efectuarse la independencia se manifestaron claramente tres partidos cuyas ideas respecto de la forma definitiva en que debía constituirse el país

eran muy diversas. Unos apoyaban la anexión al Perú, por los lazos de intereses que los unían; eran éstos los grandes terratenientes, quienes por lo regular vivían en Lima a cuya nobleza pertenecían. Otros abogaban por la anexión a Colombia, cuyas armas entonces más fuertes y cercanas, les darían mayor protección y, además por que Colombia había declarado aquellas provincias partes integrantes de su territorio. El tercer partido, abogaba por la constitución de un estado soberano que incluyera en sus límites las provincias que formaron antes la presidencia de Quito; deseos que más tarde, en 1830, deberían ser coronados con la descomposición política de la gran obra de Bolívar.

En este estado de cosas llegó Sucre a Guayaquil en Mayo de 1821. Su fino tacto y exquisita habilidad diplomática que lo distinguieron siempre, habrían de valerle un éxito no pequeño frente a las intrigas que con el mismo objeto hacían los agentes de San Martín.

Sucre obtuvo rápidamente la firma de un convenio por el cual se ponía la provincia bajo la protección de Colombia, para defender y sostener su independencia. Si no había logrado convencer a la Junta de Gobierno para que decretara inmediatamente la anexión de Guayaquil a Colombia, por lo menos creaba vínculos que se-

rían poderosos cuando las pretensiones del sur quisieran hacer pie en las márgenes del Guayas.

Desde entonces se dió a la tarea de robustecer y crear cuerpos militares que le permitieran emprender con éxito la campaña de Quito. En Julio de 1821 tenía ya en buenas condiciones una división formada por los batallones **Santander**, **Libertador**, **Albión** y algunos dragones, en su mayor parte llaneros de Venezuela.

Por esta misma época, como he dicho, estaba en Guayaquil la comisión que envió San Martín para cumplimentar al Gobierno revolucionario, formada por sus edecanes Guido y Luzurriaga, pero con el fin encubierto de negociar con la Junta su sometimiento a la dependencia militar del Protector.

En vista de ciertas veleidades que pudo observar Sucre en los miembros del Gobierno, determinó proceder con más cautela y preveer un golpe que podía ser fatal a los intereses de su patria. Desde su cuartel general de Samborondón seguía cuidadosamente el desarrollo de los acontecimientos. Guido y Luzurriaga, no habiendo logrado de la Junta determinadas exigencias, regresaron al Perú, según instrucciones de su gobierno.

Por estos días ocurrieron en Guayaquil algunos motines que el Coronel ar-



gentino Don Jerónimo Espejo atribuye a secretos manejos de los colombianos; sea o no así, la sublevación de la escuadrilla de Guayaquil, proclamado a Fernando VII, determinó a la Junta a llamar a Sucre en su auxilio, quien no vaciló en prestarle sus servicios. Agradecido el gobierno le ofreció la Jefatura Militar, pero Sucre la rehusó, limitándose a recomendar para tal cargo al Coronel Morales, con lo cual quedaba de hecho jefe del ejército guayaquileño.

Reforzados sus cuerpos con este contingente, abrió campaña contra Aymerich a quien encuentra en Sabaneta, y lo bate hasta convertir su retirada en vergonzosa derrota. Este suceso victorioso estuvo a punto de resolver la anexión de Guayaquil a Colombia, pero un desastre posterior debió aplazarlo algún tiempo más.

En tales circunstancias llegó el Coronel Ibarra que iba, como hemos visto, con despachos para San Martín. Sucre lo detuvo y como estaba más informado que Bolívar de la verdadera situación del Perú, se limitó a escribir al Protector para ofrecerle la ayuda militar de Colombia. San Martín agradecido, ofreció a su vez a Sucre la división del coronel Arenales, entonces acantonada en Trujillo, la cual pasó al Ecuador bajo las órdenes del Coronel Santa Cruz y tomó parte gloriosa en

la batalla de Pichincha. Afirman historiadores de Colombia y de Venezuela que esta división, aparente reciprocidad de generosos ideales, llevaba el encargo secreto de intervenir en la cuestión de Guayaquil al primer aviso de Don Francisco Salazar, Ministro diplomático que había acreditado San Martín ante el Estado de Guayaquil.

### Situación de San Martín en el Perú

Permítaseme una visión retrospectiva para analizar y fijar la situación del Protector del Perú por esta fecha, lo cual facilitará ver claramente las causas que obraron en su contra en las conferencias que iban a tener lugar un año después sobre el arco luminoso del Ecuador y bajo la pomposa majestad de las cumbres andinas.

Los triunfos del ejército de los Andes en Chacabuco y Maipo habían asegurado la libertad de Chile. Desde entonces el Director supremo de aquel Estado, don Bernardo O'Higgins, y el General San Martín no cesaron en la tarea de obtener del Senado chileno la ley que ordenara la expedición libertadora del Perú. El Gobierno de aquel país, el más pobre entonces de los de América, no omitió sacrificio alguno en la preparación de tal empresa y en Agosto de 1820 zarpaba la es-

cuadrilla de Valparaiso cubierta con el glorioso tricolor chileno. Era general en jefe de ella Don José San Martín y jefe de la escuadra Lord Tomas Cochranne.

Componían ésta 8 buques de guerra con 247 cañones, tripulados por 1600 soldados y marinos. Había además 16 transportes que conducían víveres para cuatro meses y 11 lanchas cañoneras.

El 8 de Septiembre empezaba el desembarco de las tropas en la bahía de Paracas y el 13 establecía el cuartel general en Pisco. Parece que San Martín deseoso de evitar una guerra cruenta como la que se libraba en Colombia, quiso buscar por medio de tratados con los jefes políticos del virreinato la independencia del Perú en forma conveniente también a los intereses de España. Las experiencias de la guerra y el conocimiento adquirido de los pueblos de América, habían modificado notablemente las ideas políticas del gran general argentino. Por eso le veremos afanado por establecer en ésta gobiernos monárquicos.

Coincidía la invasión de San Martín al Perú con la llegada a Lima de la orden para restablecer en América la constitución del año 12. El Virrey Pezuela, que se proponía enviar emisarios de Paz a Chile y Buenos Aires, cambió de parecer y resolvió entenderse directamente con San

Martín. Al efecto envió cerca de éste, con plenos poderes para negociar, al Conde Villar de Fuente y al Teniente de Navío Dionisio Capaz. San Martín aceptó tales conferencias y nombró para que lo representaran, a su edecán el Coronel Guido y el General Juan García del Río. Estas conversaciones quedaron terminadas rápidamente, sin ningún resultado, pues los patriotas reclamaban la independencia del Perú y los españoles el reconocimiento del gobierno de su nación. Sin embargo, se citan las conferencias de Miraflores, como se las designa, porque en ellas hace San Martín la primera manifestación de constituir al Perú bajo la forma de monarquía limitada.

Idénticos resultados y una confirmación más de tales pretensiones, dió la conferencia de Torre Blanca entre los representantes del Virrey La Serna, General Valdés y Coronel Loriga, y los de San Martín, Gral. Alvarado y Coronel Guido.

Más tarde, la llegada al Perú del comisionado del Gobierno liberal de España, don Manuel de Abreu, quien a su arribo al país tuvo una entrevista con San Martín en su cuartel general de Huaras, dió por resultado las conferencias de Punchaúca, donde San Martín y La Serna repitieron en el Sur el histórico abrazo de Bolívar y Morillo.

Voy a transcribir aquí, por creerlas interesantes, las proposiciones que hizo San Martín en estas conferencias, para el caso de que fuera reconocida y declarada de un modo público y solemne la independencia del Perú:

1º El General La Serna será reconocido presidente de una Regencia compuesta de tres individuos.

2º El mismo General, o el que él elija, mandará los ejércitos de Lima y Patriótico como una sola fuerza.

3º Quedará sin efecto la entrega pretendida y convenida del castillo del real Felipe y demás fortificaciones del Callao.

4º El General San Martín marchará a la península, en compañía de los demás que se nombraren para negociar con el soberano de España.

5º Las cuatro provincias pertenecientes al virreinato de Buenos Aires quedarán agregadas a la monarquía del Perú.

**6. El gran objeto de estas proposiciones es el establecimiento de una monarquía en el Perú; el monarca será elegido por las Cortes generales de España y la Constitución a que quede ligado será la que formen los pueblos del Perú.**

7º Se cooperará a la unión del Perú con Chile para que integrase la monarquía y se harían iguales esfuerzos respecto de las provincias del Río de la Plata.

No se necesita gran penetración mental para comprender que en el fondo de estas proposiciones iba envuelta la idea de devolver a España, y quizás sin que así lo deseara San Martín, sus posesiones de América que hacía diez años luchaban acariciando ideales republicanos, acaso no comprendidos, pero tan seductores, que ningún sacrificio creían bastante grande para lograrlo.

Si con estas manifestaciones o promesas San Martín se captaba la ayuda de unos cuantos nobles limeños halagados en su vanidad de formar la corte de un rey, por otra le enajenaban la voluntad del pueblo, que creyó ver en sus armas las redentoras de su opresión y sus miserias; las de sus generales que ponían su punto de honra en servir los ideales democráticos; y por otra parte tales manifestaciones, al llegar a países constituídos ya bajo el régimen republicano serían causa de justa alarma y desconfianza.

Tal hizo, con lealtad de hermano, el Libertador de Colombia cuando se valió, como hemos visto, del tratado de Córdoba para exponerle con sinceridad y valentía las zozobras que causaban tales proyectos en América.

Afortunadamente para estas tierras, la Corte de España ciega y sorda ante los sucesos de sus colonias no aceptó estos pla-

nes, único medio con que pudo rehacerse su antiguo dominio en la América.

Denunciado el armisticio de Punchaúca, La Serna abandonó la capital que en seguida ocupó San Martín en medio del entusiasmo de los independientes. No había dado ni una sola batalla y entraba triunfador en Lima, no por su estrategia en esta ocasión, afirma Villanueva, sino a causa de la lenidad del contrario que no supo destruirle cuando diezmado el ejército del Protector, por la fiebre, sólo hubiera podido oponerle, según propia confesión de San Martín, cosa de mil hombres, insuficientes para rechazar un ataque de fuerzas superiores. Y era tan crítica su situación que no pudo perseguirle dejándole seguir tranquilamente a rehacerse en la sierra. El 28 de Julio de 1821, declaraba con gran solemnidad la independencia del Perú, y el 3 de Agosto, asumía la autoridad suprema bajo el título de Protector del Perú. Su primer gabinete quedó constituido así: Don Juan García del Río, Ministro de Relaciones Exteriores; Don Bernardo Monteagudo, de Guerra y Marina; y Don Hipólito Unanue, para Hacienda; el General las Heras fue nombrado Comandante en Jefe del ejército, y don José de Riva Agüero, Jefe Político del Departamento de Lima.

Inició su gobierno con medidas fi-

nancieras y administrativas que disgustaron a ricos y pobres, mientras el ejército en la opulenta capital de los virreyes, que fue la Capua de las armas de la revolución, se entregaba a los excesos de la voluptuosidad y la embriaguez que enervan, corrompen y aniquilan la disciplina y la fuerza, único secreto del triunfo de las armas. La paz que San Martín impuso a su ejército, restaba a su causa el entusiasmo que despertó en los pueblos y dió tiempo para que los ejércitos realistas de la sierra se rehacieran en tal forma, que cuando mentalmente revisó las tropas que podría oponerles, se encontró impotente para vencerlos.

Por otra parte, su falta de tino en la elección de oficiales subalternos, hirió el orgullo de muchos veteranos, que ahora, como antes en Rancagua, se alistaron en la sombra para deshacerse de él. Un colombiano, el General Tomás Heres reveló aquella conjuración que si no fue castigada con el rigor que las leyes militares prescriben, llevó al menos la convicción a la mente del Protector de encontrarse aislado en medio de los suyos, pues argentinos y chilenos y peruanos, fueron los jefes de tal conspiración. Y en el pueblo mismo el descontento era general por la forma monárquica que había dado a la organización del país. Podía notarse ésto en las



poesías populares y el apodo de Rey José con que burlescamente lo designaban en tertulias y corrillos.

Efectivamente, San Martín no hacía un misterio de sus ideas monárquicas. Sea por efecto de su educación o por la convicción en que estuvo siempre de que la república no podría prosperar en los pueblos jóvenes de América, sus miras políticas tendían siempre a establecer en ésta monarquías constitucionales.

Para mantener el aparato decorativo de las cortes creó en 8 de Octubre de 1821 la Orden del Sol; y a fines de Diciembre del mismo año, como un esfuerzo supremo para lograr sus intentos, envió a Europa una delegación con el fin de buscar un Príncipe, entre las casas reales reinantes entonces, que quisiera aceptar la corona del Perú.

Fue encomendada esta misión a los señores Juan García del Río y Diego Paroissen, quienes además llevaban el secreto encargo de ganarse al director de Chile a esta idea; así lo decía Monteagudo en la nota de 24 de Diciembre dirigida al gobierno de aquel país. “Los diputados deberán desempeñar aquella parte de su comisión calculada a promover los intereses de Chile cuya prosperidad está íntimamente ligada con la del Perú”. Fracasó en esta parte la comisión, pues O’Higgins

le respondió que aún no había opinión formada en el país sobre este particular; que dejaban la forma definitiva de su gobierno para arreglarla cuando ya la América hubiera alcanzado su libertad. Y en Europa tampoco desempeñó ninguna labor, porque el Congreso de Lima, a fines de 1822, suspendió a los diputados las atribuciones que les había conferido el Gobierno Protectoral.

Veamos ese documento que sin duda es el que más ha confirmado las ideas monárquicas del Gran General Argentino, si bien es preciso reconocer en honor suyo, que jamás ningún acto de su vida dejó entrever el deseo de ceñir su frente con la corona real.

“Estando reunidos en la sala de sesiones el Consejo de Estado los consejeros: ilustrísimo honorable señor Juan García del Río, Ministro de Estado y Relaciones Exteriores, fundador de la Orden del Sol; ilustrísimo y honorable señor Coronel don Bernardo Monteagudo, Ministro de Estado en el Departamento de Guerra y Marina, fundador de la Orden del Sol; ilustrísimo y honorable señor doctor don Hipólito Unanue, Ministro de Estado en el Departamento de Hacienda, y fundador de la Orden del Sol, y el señor Francisco Javier Moreno y Escandón Presidente de la Alta Cámara de Justicia; el ilustrísimo y

honorable señor Gran Mariscal, Conde del Valle de Oselle, Marqués de Montemira, fundador de la Orden del Sol; el señor Francisco Javier de Echague, Gobernador del Arzobispado y asociado a la Orden del Sol; el honorable señor General de División, Marqués de Torre Tagle, fundador de la Orden del Sol, Inspector General de los Cuerpos cívicos y Comandante General de la Legión Peruana de la Guardia; los señores Conde de la Vega y del Ren, y de la Torre Velarde, asociado a la orden del Sol, bajo la Presidencia del Excelentísimo señor Protector del Perú, acordaron extender en el acta que las bases de las negociaciones que entablen acerca de los altos poderes de Europa los enviados ilustrísimo y honorable señor don Juan García del Río, fundador de la orden del Sol y Consejero de Estado, y el honorable señor Coronel don Diego Paroissen fundador de la Orden del Sol y oficial de la Legión del Mérito de Chile, sean las siguientes:

1º Para conservar el orden interior del Perú y a fin de que este Estado adquiera la respetabilidad exterior de que es susceptible, conviene el establecimiento de un gobierno vigoroso el reconocimiento de la independencia, y la alianza o protección de una de las potencias de primer orden en Europa, y es de consiguiente indispensable. La Gran Bretaña, por su poder ma-

rítimo, su crédito y vastos recursos, como por la bondad de sus instituciones, y la Rusia por su importancia política y su poderío, se presentan bajo un carácter más atractivo que todas las demás; están de consiguiente autorizados los comisionados para explicar como corresponde y aceptar que el príncipe de Saxe-Coburgo, o en su defecto una de las dinastías reinantes de la Gran Bretaña, pase a coronarse Emperador del Perú. En último caso darán la preferencia al Duque de Sajonia; con la precisa condición que el Nuevo Jefe de esta monarquía limitada abrace la religión católica, debiendo aceptar y jurar al tiempo de su recibimiento la constitución que le diesen los representantes de la nación, permitiéndosele venir acompañado a lo sumo de una guardia que no pase de 300 hombres. Si lo anterior no tuviese efecto podrá aceptarse algunas de las ramas colaterales de Alemania con tal de que esta estuviere sostenida por el Gobierno Británico o uno de los príncipes de la Casa de Austria con las mismas condiciones.

2º En caso de que los comisionados encuentren obstáculos insuperables por parte del Gobierno Británico se dirigirán al Emperador de Rusia, como el único poder que puede rivalizar con Inglaterra. Para entonces están autorizados los en-

viados para aceptar un príncipe de aquella dinastía, o algún otro a quien el Emperador asegure su protección.

3º En defecto de un príncipe de la Casa Brunswick, Austria y Rusia, aceptarán los enviados alguno de los de Francia y Portugal, y en su último recurso podrán admitir de la Casa de España al Duque de Luca, en todo sujeto a las condiciones expresadas. Y no podrán de ninguna manera venir acompañados de la menor fuerza armada.

4º Quedan facultados los enviados de conceder ciertas ventajas al gobierno que más los proteja y podrán proceder en grande para asegurar al Perú una fuerte protección y para promover su felicidad.

Para constancia lo firmaron en la sala de sesiones del Consejo, a 24 de Diciembre de 1821, en la heroica y esforzada Ciudad de los Libres.—José de San Martín, el Conde de Valle de Oselle, el Conde de la Vega de Ren,—Francisco Javier Moreno, Francisco Javier de Echague, el Marqués de Torre Tagle, Hipólito Unanue, el Conde de Torre Velarde.—El Ministro Interino de Gobierno Bernardo Monteagudo.”

Tal era entonces el estado militar y político de San Martín; difícil situación que vino a complicar aún más su ruptura con Cochranne por negarse a pagar a

éste los gastos que ocasionaba la marina a lo cual estaba obligado según el convenio de Valparaíso.

Entonces pensó en el generoso ofrecimiento de Bolívar, calculó que asociado al Libertador de Colombia podía rehacer su ya tambaleante situación y terminar gloriosamente la campaña emancipadora del Perú.

Fue en Enero de 1822 cuando expidió el decreto por el cual delegaba el mando del Estado en el Marqués de Torre Tagle para marchar hacia Guayaquil, agobiado por sus penas, en el anonadamiento de sus fuerzas, y en la triste convicción de que solo no podría librar de la ruina aquella nación que creara sobre los escombros del más opulento virreinato. En Febrero embarcó hacia el Norte, pero no llegó sino hasta el puerto de Huanchaco, pues habiendo tenido conocimiento de que el Libertador no podría estar por esa época en Guayaquil resolvió regresar a Lima.

En el preámbulo de ese decreto dice San Martín los puntos que debería dilucidar con Bolívar. Estas son sus palabras: “voy a encontrar en Guayaquil al Libertador de Colombia. **Los intereses de ambos estados, la enérgica terminación de la guerra que sostenemos y la estabilidad del destino a que con rapidez se acerca la**

**América** hacen nuestra entrevista necesaria.”

A su regreso a Lima San Martín no quiso reasumir el mando; el fermento de odios y recriminaciones en que se descomponía el país, repugnaba a su gran alma toda sinceridad y abnegación. Así estuvo hasta que, al clarear de la aurora de Pichincha, leyó el mensaje que Bolívar le escribiera pocos días después de su entrada triunfal a la capital ecuatoriana.

En efecto el triunfo de las armas de Sucre en Pichincha y la capitulación de Aymerich, permitieron el avance franco de Bolívar hasta Quito, donde entró triunfalmente el 16 de Junio y el siguiente 17, decía a San Martín: “Al llegar a esta capital, después de los triunfos obtenidos por las armas del Perú y Colombia en los campos de Bomboná y Pichincha, es mi más grande atisfacción dirigir a V. E. los testimonios más sinceros de la gratitud con que el pueblo y el gobierno de Colombia han recibido a los beneméritos libertadores del Perú que han venido con sus armas vencedoras a prestar su poderoso auxilio en la campaña que ha libertado tres provincias del Sur de Colombia y esta interesantísima capital, tan digna de la protección de la América, porque fue una de las primeras en dar el ejemplo heroico de la libertad. Pero no es nuestro

tributo de gratitud un simple homenaje hecho al Gobierno y ejército del Perú sino el deseo más vivo de prestar los mismos y aún más fuertes auxilios al gobierno del Perú si para cuando llegue a manos de V. E. este despacho ya las armas libertadoras del S. de América no han terminado gloriosamente la campaña que iba a abrirse en la presente estación.

Tengo la mayor satisfaccin en anunciar a V. E. que la guerra de Colombia está terminada y que su ejército está pronto a marchar donde quiera que sus hermanos lo llamen, y muy particularmente a la Patria de nuestros vecinos del Sur, a quienes por tantos títulos debemos preferir como a los primeros amigos y hermanos de armas”.

Y mientras este mensaje iba camino del Perú los ejércitos de Bolívar seguían avanzando también hacia el Sur. El Libertador se había propuesto terminar la aún indecisa situación de Guayaquil, pues en el concepto de éste, si Guayaquil permanecía independiente no sería más que un campo de batalla entre dos estados belicosos, y el receptáculo de los enemigos de uno y otro. La ley fundamental quedaría sin cumplirse y Colombia y el Perú jamás estarían seguros, estando confiadas a sus propias fuerzas las débiles puertas de Guayaquil. Más funesto sería aún la incorpora-



ción de esta provincia al Perú y por tales razones no había ocultado nunca sus ideas anexionistas y ahora iba a deslumbrar con el brillo de sus glorias y el prestigio de sus armas a los que aún resistían la tentación de pertenecer a su patria.

Grande e imponente fue el recibimiento que el pueblo de Guayaquil hizo al hijo predilecto de la victoria; la ciudad entera lo aclamó con frenesí el Libertador de América. Las campanas de las iglesias y las salvas de artillería tradujeron en voz potente el grito jubiloso de la muchedumbre.

Desde el 11 de Julio pudo decirse que fue hecha la anexión de aquella provincia, pero la formalidad no tuvo lugar sino tres días después. En la tarde del 13 de Julio de 1821, se arrió para siempre la insignia blanco y azul de aquél minúsculo estado, de vida tan efímera como agitada y en su lugar flameó, hasta 1830 el iris de Colombia.

Algunos descontentos con este acto, entre ellos el Presidente de la Junta don Joaquín Olmedo, y otras familias, se asilaron en las naves en que debía regresar a su país el ministro peruano don Francisco Salazar y el Personal de su Legación.

Cuando estos acontecimientos tenían lugar en el Norte, escribía San Martín a

Bolívar el siguiente oficio, contestación a su mensaje de 17 de Junio: “Los triunfos de Bomboná y Pichincha han puesto el sello a la unión de Colombia y del Perú, asegurando al mismo tiempo la libertad de ambos estados. Yo miro bajo este doble aspecto la parte que han tenido las armas del Perú en aquellos sucesos, y felicito a V. E. por la gloria que le resulta al ver confirmados los solemnes derechos que ha adquirido al título de Libertador de Colombia. V. E. ha consumado la obra que emprendió con heroísmo, y los bravos que tantas veces ha conducido a la victoria tienen que renunciar a la esperanza de aumentar los laureles de que se han coronado en su patria, si no los buscan fuera de ella.

El Perú es el único campo de batalla que queda en América, y en él deben reunirse los que quieran obtener lo honores del último triunfo contra los que ya han sido vencidos en todo el continente. Yo acepto la oferta generosa que V. E. se sirve hacerme en su despacho de 17 del pasado; el Perú recibirá con entusiasmo y gratitud todas las tropas de que puede disponer V. E. a fin de acelerar la campaña y no dejar el menor influjo a las vicisitudes de la fortuna; espero que Colombia tendrá la satisfacción de que sus armas contribuyan cuidadosamente a po-

ner término a la guerra del Perú, así como las de éste han contribuído a plantar el pabellón de la República en el Sur de su vasto territorio.

Ansío cumplir mis deseos frustrados en el mes de Febrero por las circunstancias que ocurrieron entonces; pienso no diferirlos por más tiempo; es preciso combinar en grande los intereses que nos han confiado los pueblos para que una sólida y estable prosperidad les haga conocer el beneficio de su independendia. Antes del 18 saldré del Puerto del Callao y apenas desembarque en el de Guayaquil marcharé a saludar a V. E. en Quito.

Mi alma se llena de pensamientos y de gozo cuando contemplo aquel momento; nos veremos y presiento que la América no olvidará el día en que nos abracemos”.

Con tales esperanzas, acrecentadas con las halagadoras ofertas de Bolívar, emprendió San Martín su viaje el 16 de Julio. Iba a encontrarse con su émulo en la gloria, cuyos recuerdos se yerguen unidos a través de la historia, como formando una sola cumbre espiritual: La más alta y bella de nuestra América! En la mañana del 25 de Julio anunciaba el vijía la presencia de la Macedonia en el estuario del Guayas, con las insignias del Protector. Sorprendióse Bolívar que aún no había re-

cibido comunicación alguna de San Martín, pero en seguida despachó cuatro edecanes cerca de él, portadores a su vez de la siguiente carta: “En este momento hemos tenido la muy satisfactoria sorpresa de saber que V. E. ha llegado a las aguas de Guayaquil. Mi satisfacción está turbada, sin embargo, porque no tendremos tiempo de preparar a V. E. una mínima parte de lo que se debe al héroe del Sur, al Protector del Perú. Yo ignoro, si esta noticia es cierta, no habiendo recibido ninguna comunicación digna de darle fe.

Me tomo la libertad de dirigir cerca de V. E. a mi edecán el señor Coronel Torres para que tenga la honra de felicitar a V. E. y de suplicar a V. E. se sirva devolver a uno de mis edecanes, participándome para cuándo se servirá V. E. honrarnos en esta ciudad.

Yo me siento extraordinariamente agitado del deseo de ver realizar una **entrevista que pueda contribuir en gran parte al bien de la América Meridional**, y que pondrá el colmo a mis más vivas ansias de estrechar con los vínculos de una amistad íntima al padre de Chile y del Perú”.

“San Martín, dice Villanueva, contestó que desembarcaría en el siguiente 26. En este día pasó Bolívar a bordo de la Macedonia para abrazar al Protector

en territorio peruano. Juntos ganaron luego tierra colombiana porque para Bolívar la anexión era ya cosa cumplida.

Un pueblo inmenso, lleno de entusiasmo, les acompañó hasta la suntuosa casa que se habían preparado para alojamiento del ilustre huésped. Se le tributaron grandes honores: las mujeres le coronaron de laureles; los hombres lo vitorearon, los soldados vencedores de Pichancha levantaron en alto sus armas y banderas para aclamarle padre de Chile y del Perú, y Bolívar se descubrió respetuoso ante el glorioso vencedor de Chacabuco y Maipó”.

Los dos libertadores se encontraron al fin, no para aliarse en la gran empresa de nuestra historia, sino para chocar y separarse hasta que la legítima gloria común los ha unido en un solo haz de luz.

Las circunstancias más que Bolívar mismo vencieron al héroe del Sur en aquella entrevista. Mitre, en su historia de San Martín define perfectamente la situación política de aquellos dos grandes hombres en estos momentos memorables: “el Libertador del Norte dueño de su terreno que pisaba con firmeza, tenía de su lado el sol y el viento; el del Sur se presentaba en una posición falsa, sin un plan fijo sin bases sólidas de poder propio, que al pisar la playa guayaquileña había sido

ganado de mano según su propia expresión en la cuestión que se proponía tratar de igual a igual”.

## Las Conferencias

No han faltado quienes aseguren haber sido testigos presenciales de aquellas conferencias. Don Tomás Cipriano de Mosquera, más tarde Presidente de Colombia, así lo afirma en una relación minuciosa que escribió sobre esta cuestión, haciendo a la vez partícipes de tal honor al Coronel Soyer y al Coronel Guido, edecanes de San Martín, y a don José Gabriel Pérez, Secretario General de Bolívar. Mas, esto ha sido negado por don Rufino Guido quien efectivamente estuvo, según él, con los demás edecanes, pero en una pieza vecina a la en que hablaban los dos Libertadores.

Restrepo y Mitre están de acuerdo con la versión de Guido la más utorizada sin duda, ya que se presume que ninguno de ellos, dada la alta posición de los protagonistas, se habría atrevido a tomar parte en una conversación de tan grande importancia.

Hubo tres conferencias: una en la mañana del 26, después de la ceremonia de la recepción, conferencia que duró hora y media; la segunda en la tarde del mismo día, que duró apenas media hora

y que fue más bien una visita de cortesía del Protector a Bolívar; y la tercera, la más larga de todas en el siguiente 27, la cual duró desde la una hasta las cinco de la tarde.

Tres puntos esenciales deberían discutirse en aquellas conversaciones: 1º Determinar la situación definitiva de Guayaquil; 2º Acordar el mejor medio de poner término a la guerra con el Perú; y 3º Fijar la forma de gobierno que se daría a los nuevos estados.

Para esclarecer estos tópicos he tenido presente el informe en que don José Gabriel Pérez, Secretario del Libertador dió cuenta a la Cancillería de las discusiones que tuvieron lugar entre el Protector y Bolívar.

Según este documento refiriéndose al primer tema, sin duda muy interesante para ambos, “el Protector dijo espontáneamente a S. E. y in ser invitado a ello, que nada tenía que decirle sobre los negocios de Guayaquil, en los que no tenía que mezclarse; que la culpa era de los guayaquileños; refiriéndose a los contrarios S. E. le contestó que se había llenado perfectamente sus deseos de consultar a este pueblo; que el 28 del preente se reunirían los electores y que contaba con la voluntad del pueblo y con la pluralidad de los votos en la Asamblea. Con esto

cambió de asunto y siguió tratando de negocios militares relativos a la expedición que va a partir”.

En el primer punto, pues, según confesión que más tarde hizo San Martín, había sido ganado de mano por el Libertador y es que aquél, en los cuidados de una situación por demás delicada, no pudo prestar a estos negocios el interés y fuerzas que eran precisos para asegurarlos a los dominios del Perú.

Entraron por lo tanto a tratar el segundo tema relacionado con los auxilios ofrecidos por Bolívar, con que Colombia podía contribuir a la liberación del Perú. Presumió San Martín, y en esto fue ingenuo o acaso demasiado sincero, que Bolívar le daría todo el contingente de sus fuerzas para restablecer en el Perú el prestigio de su personalidad, minada por las intrigas y desafectos de sus generales, por la política mezquina de Monteagudo y muchos otros factores más de descontento. Creyó con este auxilio sobreponerse a las circunstancias y alcanzar la gloria de hacer tocar las últimas clarinadas de la victoria en los históricos campos del Perú. Se equivocó empero. El Libertador, cuyo principal y más querido tesoro eran sus legiones, no podía confiarlas a otros jefes que no recibieran de él órdenes directas.—Por otra parte como dice



don Gonzálo Bulnes, “aquél ejército que venía del Norte victorioso en cien combates, era un instrumento difícil de manejar en otras manos que no fueran las de Bolívar”.

No accedió, pues, el caraqueño, ni podía hacerlo, a los reclamos del Protector en cuanto a darle todo el concurso de las armas colombianas.

Conforme a sus ofrecimientos puso a su disposición un contingente de mil ochocientos hombres distribuídos en los batallones “Vencedor de Boyacá”, “Yaguachi” y “Pichincha”, los que unidos al “Volúpteros de la Guardia”, antiguo “Numancia”, comprendían la división auxiliar de Colombia, bajo las órdenes del General Juan Paz del Castillo. Parece que Bolívar para justificar su actitud presente, abriendo un momento la puerta, pidió a su edecán Mosquera la correspondencia de Santander, en la que le informara del estado general de Colombia. Así lo ha afirmado el propio Mosquera al referirse a estos acontecimientos; pero la verdadera razón de aquella negativa estaba en el conocimiento que tenía el Libertador de la situación de San Martín en el Perú y, fuerza es confesarlo, en el celo que sentía, humano al fin, de contribuir decisivamente en dar a éste glorias que él anhelaba para sí, glorias que más tarde le darían en

las yermas laderas de Ayacucho, el genio de Sucre y el denuedo de sus ejércitos.

En tales condiciones terminó la primera conferencia; el choque de aquellas dos grandes almas había estallado. Bolívar, dice Mitre, se retiró impenetrable y grave como una esfinge, y San Martín, quien lo acompañó hasta la escalera, quedó con la misma expresión de gravedad.

La segunda conferencia tuvo lugar en la tarde de ese mismo día, pero parece, como he dicho, que sólo fue de mera cortesía, sirviendo sí para hacer patente la poca cordialidad en las relaciones de aquellos dos grandes hombres.

La tercera tuvo lugar en la tarde del siguiente 7 de Julio; fué la más larga, duró tre shoras y puede considerarse como la esencial.

Se inició, abordando de nuevo San Martín el tema militar. Trató a lo que parece de convencer a Bolívar de la imperiosa necesidad en que se hallaba la causa de la libertad del Perú de que fueran las armas de Colombia a completarla. Bolívar se limitó a ratificar su ofrecimiento del día anterior. Entonces el Protector en un rasgo sublime de desinterés, pensando que sería él la causa por la cual Bolívar rehusaba cederle su ejército, le ofreció pasara él con sus armas y mandara en jefe los ejércitos unidos de ambos esta-

dos. Sorprendido debió quedar Bolívar ante aquella heroica actitud del general argentino. Pero es posible que en su agilidad espiritual o porque ya lo hubiera resuelto, comprendiera que no debía de ninguna manera, por sus intereses y los de Colombia, ni compartir con San Martín el mando de sus ejércitos, ni menos aceptarlo como lugarteniente suyo, pues la aparente depresión en que se colocaba el argentino en tales circunstancias, se trocaría en elevada gloria al evocarse en las edades venideras su gran desprendimiento; y para él, las ventajas presentes, lo colocarían como un ambicioso vulgar ante el fallo inapelable de la historia. No aceptó, pues, en darle todos sus ejércitos, ni en marchar con ellos. Con tal motivo alegó que en su calidad de Presidente de Colombia no podía traspasar los límites del Estado sin autorización del Congreso. Pura fórmula para no comprometerse, pues Bolívar como aquel rey francés podía decir en esa fecha: "Colombia soy yo". Nadie se habría atrevido a objetarle misión tan noble y gloriosa.

Parece que desde entonces germinó en San Martín la idea de retirarse del teatro de la guerra y la política, para irse a vivir en ostracismo voluntario, al amable recuerdo de sus glorias, los últimos años de su vida.

Notando San Martín la firmeza de Bolívar en cuanto a la cuestión militar, pareció al tercer tema cuya importancia le parecía aún mayor, dada su sincera convicción de que la República no podría aclimatar en nuestros pueblos. Entonces hizo presente a Bolívar sus gestiones con los españoles Pezuelas y La Serna para lograr la independencia del Perú bajo el régimen monárquico constitucional y la misión que había enviado a Europa con el mismo objeto. Bolívar, aunque estaba al corriente de todas las negociaciones de Miraflores, Torre Blanca y Punchauca, (tal vez no conocía la misión de García del Río y Paroissen), manifestó alguna sorpresa, que prueba su mayor habilidad diplomática frente a San Martín, como dice Mosquera y entró entonces en una de esas declamaciones democráticas que supo usar con raro talento.

Díjole lo mucho que los colombianos habían luchado por inculcar en los pueblos las ideas republicanas y tratado de extirpar el servilismo que los siglos de coloniaje había inculcado en las masas.

Entonces, dice textualmente don Felipe Larrazabal, habló así:

“Cree usted que sin ese sentimiento republicano los soldados del “Numancia”, todos colombianos, se hubieran resuelto a seguir el impulso de unos pocos oficiales,

prisioneros de Cundinamarca y el Cauca, que estaban condenados a servir como individuos de tropa, y que obligaran a los jefes y oficiales del "Numancia" a pasarse a su campamento? No le hizo a usted impresión que esos hombres, al llegar al cuartel le declaraban que iban como auxiliares de Colombia a cuya patria pertenecían?

Advierta usted general, que esa distinguida oficialidad del "Numancia", que con pocas excepciones es venezolana y la mayor parte de familias distinguidas que sostienen la causa del Rey, destinaron a los jóvenes de que hablo a la carrera militar; y no obstante la educación que recibieron, y habersé formado en la campaña, combatiendo contra nosotros ha llegado hasta ellos el espíritu republicano y podemos contar con su lealtad y luego de hacer un recuento de los colombianos ilustres que no transigirían con la monarquía, continuó diciendo, "qué diría el mundo de mí que he proclamado la libertad de los esclavos, que la he dado a los que heredé, y que dije en el Congreso de Cúcuta que la recompensa que podrían merecer mis servicios era la ley de manumisión en favor de esos seres desgraciados, nuestros hermanos y compatriotas. Jamás, general, contribuiré a trasladar al nuevo mundo los retoños de las viejas dinastías de

Europa. Si tal cosa pretendiéramos, Colombia en masa se diría que me había hecho indigno del nombre de Libertador con que me han honrado mis compatriotas”.

San Martín que le escuchaba atento, seducido por la brillantez del lenguaje del caraqueño, le habría replicado:

“Bien se conoce general, que las crueldades de Morillo y otros españoles en Colombia, han exaltado el espíritu republicano y creado una opinión que no será fácil variar si hombres como usted, Sucre, y Santander, no le dan la dirección que exigen las verdaderas necesidades de estos reinos.

Considere usted, general, la poca civilización de las colonias españolas, la heterogeneidad de sus razas, el modo como está dividida la propiedad, la unidad de religión, la aristocracia en el clero, la ignorancia de la generalidad de los curas, el espíritu militar de las masas que es consecuencia de estas guerras civiles prolongadas. Todos estos elementos presagian una anarquía desconsoladora cuando hayamos concluido la guerra de la independencia; y acaso entonces tendremos que arrepentirnos de haber querido fundar repúblicas democráticas en estos países. Si exceptúa usted Caracas, Bogotá y Buenos Aires en donde el estudio y los talentos han formado algunos hombres, en el resto

de América, incluyendo las capitales de Méjico y el Perú no encontrará usted elementos republicanos; y en mi concepto es más fácil establecer monarquías como en el Brasil. Cuando yo dejé la España, alucinado por los escritos de Buenos Aires y de Colombia, creía encontrar en todo el hemisferio pueblos dispuestos a establecer la república y con el más vivo patriotismo vine a trabajar por ella, pero confieso a usted que no tengo la menor esperanza de ver realizada una república en estos países; también confieso que si usted se opone a apoyar el plan que me he propuesto, no será acequible y ofrezco entregar a usted la dirección de la guerra en el Perú y que a usted le toque la honra de afianzar la independencia puesto que Colombia ha iniciado, bajo la dirección de usted, la alianza y confederación de las nuevas repúblicas de la América española”.

El Libertador le contestó rebatiendo estos argumentos y al efecto le dijo, que “la proclamación que había hecho de los principios republicanos en el nuevo mundo no era un hecho aislado, sino la consecuencia de una gran revolución de ideas que se había apoderado del mundo de civilización cristiana cuyo primer fruto era la república de los Estados Unidos y cuya fundación había producido grandes resul-

tados en Europa, haciendo brotar la revolución francesa que había conmovido al mundo entero. Le habló de las instituciones de Inglaterra como una lumbrera de civilización de donde habían salido las instituciones de la república modelo y de que era más fácil de aclimatarlas en el suelo virgen de América que traer a ella simulacros de monarquías, no habiendo elemento aristocrático sino en caricatura. Qué son, le dijo, a los ojos de usted esos condes y marqueses de Lima y de Méjico cuyas grandes fortunas reunidas no pueden ser suficientes para establecer la aristocracia de una corte? No hablaré a usted de los títulos de Castilla en Venezuela, Nuevo Reino de Granada, Chile, Guatemala y Buenos Aires, por que son tan pobres que no pueden darle una comida a un príncipe. Baste saber que para ir a sus estados, si así pueden llamarse sus haciendas, tienen que cabalgar una mula o un caballo mal doctrinado, armados de polainas o de zamarros, con su poncho, ruana o manta y un sombrero de paja con una funda de hule a guisa de esos mayordomos de sus mismas propiedades. No hay, pues, mi querido general, elementos de monarquías en esta tierra de Dios.

Deje usted que se forme la república, y ella producirá dignidad en el hombre,



se crearán necesidades y hábitos de trabajo para obtener el bienestar social; este producirá riqueza territorial que traerá la industria comercial y con ella la inmigración de Europa, donde falta tierras para los proletariados y la encontrarán en nosotros. Querer detener el género humano, no es posible; y si usted consiguiera plantar monarquías en el Nuevo Mundo, su duración sería efímera, caerían los reyes por sublevación de sus guardias de honor para establecer la república, porque una vez difundida la idea como la sucedido entre nosotros, ya no se extingue. Yo convengo con usted en que puede sobrevenir una nueva revolución después de conquistar la independencia si no hay buen sentido para la elección de magistrado. Grave y trascendental es la cuestión que hemos tocado, pero de difícil resolución cambiar el principio adoptado después de doce años de una lucha gloriosa, llena de ejemplos de abnegación y patriotismo”.

Dicho esto manifestó el pesar que sentía al ver acibarado el placer de aquel encuentro con una carta del teniente Coronel Juan María Gómez, Secretario de la Legación de Colombia en Lima, dondè le anunciaba una próxima revolución en esta ciudad contra el Protector, organizada por los jefes del ejército, quienes no estaban de acuerdo con los principios políti-

cos de él, prueba irrefragable, dijo Bolívar a San Martín de lo que acaba de asentar. Y sacado entonces la carta del bolsillo la pasó al Protector.

Este la leyó y luego de tomar algunas notas se la devolvió y le dijo: “si esto tiene lugar, he concluído mi vida pública, dejaré el suelo de mi patria, me marcharé a Europa a pasar el resto de mi vida en el retiro y ojalá que antes de cerrar mis ojos pueda yo celebrar el triunfo de los principios republicanos que usted defiende.

El tiempo y los acontecimientos dirán cuál de los dos ha visto con más exactitud el futuro”.

Bolívar le respondió: “ni nosotros, ni la generación que nos suceda verá el brillo de la república que estamos fundando; yo considero a la América en crisálida; habrá una metamorfosis en la existencia de sus habitantes; y al fin, una casta de todas las razas producirá la homogeneidad del pueblo. No detengamos la marcha del género humano con constituciones que son exóticas, como he dicho a usted en la tierra virgen de América”.

Así terminaron aquellas conferencias; después pasaron al comedor donde tuvo lugar un espléndido banquete y luego un baile al que concurrió lo más selecto de la sociedad guayaquileña.

Como a la media noche se retiró San Martín que ya había determinado su regreso al Perú; acompañóle Bolívar hasta el muelle y al abrazarlo por última vez le entregó un retrato suyo como un recuerdo de su sincera amistad.

Es muy posible que los discursos que Larrazabal pone en boca de San Martín y de Bolívar no fueran textualmente exactos, pues como he dicho antes, nadie estuvo presente en dichas conferencias, pero ellos reflejan perfectamente las ideas que allí emitieron ambos Libertadores. Tal afirmación puede hacerse hoy que es conocido el documento de Don José Gabriel Pérez que ya he mencionado.

Algunos historiadores han querido negar las ideas monarquistas de San Martín y hasta él mismo pareció arrepentido de ellas al contemplar, con los ojos del espíritu, desde la playa hospitalaria de la bella Francia, realizándose progresivamente la hermosa profesía de Bolívar.

Pero los escritos de Lucy de Lafond, Müller, Mitre, y algunos otros historiadores argentinos, que han susentado esta tesis, carecen hoy de verdad con el hallazgo hecho en el archivo de Santander, del documento que el día siguiente al de las conferencias, el Libertador dictó a su Secretario General don Tomás Gabriel Pérez, dedicado a mantener al corriente la

Cancillería de Colombia de lo que tuvo lugar entre aquellos dos grandes campeones de nuestra libertad.

“El Gobierno del Perú dice San Martín en ese documento, no debía ser democrático porque no convenía, y, últimamente, que debería venir de Europa un príncipe aislado y solo a mandar aquel estado S. E. contestó que no convenía a la América ni tampoco a Colombia la introducción de príncipes europeos porque eran partes heterogéneas a nuestra masa; que S. E. se opondría por su parte, si pudiere; pero que no se opondría a la forma de gobierno que quiera darse cada estado; añadiendo sobre este particular S. E. todo lo que piensa con respecto a la naturaleza de los gobiernos, refiriéndose en todo a su discurso al Congreso de Angostura. El Protector replicó que la venida del Príncipe sería para después, y S. E. repuso que nunca convenía que vinieran tales príncipes, que S. E. habría preferido invitar al General Iturbide a que se coronase, con tal que no viniesen borbones, austriacos, ni otra dinastía europea. El Protector dijo que en el Perú había un gran partido de abogados que querían república y se quejó amargamente del carácter de los letrados. Es de presumirse que el designio que se tiene es erigir ahora la monarquía sobre el principio de darle la corona a un

príncipe europeo con el fin, sin duda, de ocupar tal vez el trono el que tenga más popularidad en el país o más fuerzas de que disponer. Si los discursos del Protector son sinceros, ninguno está más lejos de ocupar el trono. Parece muy convencido de los inconvenientes del mando.”

Veamos ahora un párrafo de la carta privada que Bolívar escribió para Santander en aquella misma fecha. Refiriéndose al modo de pensar de San Martín nos dice: “San Martín dice que no quiere ser rey, pero que tampoco quiere la democracia y sí el que venga un príncipe de Europa a reinar en el Perú. Esto último yo creo que es pro fórmula. etc.” Pero no porque fueran monárquicas las ideas del Protector, disminuye un ápice el gran general argentino. Sus ideas tan sinceras como las de Bolívar en aquella época, aunque contrarias, merecerán siempre el respeto de los que conozcan su gran obra. Y si en la empresa acometida en el Perú sus fuerzas no pudieron sobrejornarse a las circunstancias, bastaría para comparársele a los más grandes generales de la historia, su travesía por aquellas cumbres de los Andes perpetuamente cubiertas de nieve, para dar la libertad a uno de los pueblos más libres y viriles de nuestra América.

La figura de Bolívar no excluye la de

San Martín en el campo de la historia americana, por el contrario, se complementan; son como dos rayos de sol que unidos se proyectan agitándose en el cielo de nuestra libertad.

Y de ellos puede decirse, siendo en todas sus partes verdadera, la semblanza que el gran Rodó escribió sobre el alma de Bolívar. “Grandes en el pensamiento, grandes en la acción, grandes en la gloria, grandes en el infortunio, grandes para magnificar la parte impura que cabe en el alma de los grandes, y grandes para sobrellevar en el abandono y en la muerte la trágica expiación de su grandeza”.





PUCP - BIBLIOTECA  
55543109762283





